

LAS ATRACCIONES DEL LENGUAJE: FOUCAULT Y BLANCHOT*

Raymundo Mier**

Frente a la extensión plural de su obra, se podría decir, que sobre nada escribió tanto Foucault como sobre el lenguaje; que fue esa presencia del lenguaje la que pobló cada una de sus visiones. Y no obstante, su obra acerca de las teorías del lenguaje asume con frecuencia la forma de una evocación oblicua, de un pasaje nostálgico, de un desarraigo íntimo de la palabra. Pareciera aproximarse a los saberes que se erigen en torno del lenguaje, para alejarse con un gesto de desencanto, un recelo. Su pasión por lo no dicho sin duda cobra la fuerza muda del desafío. Una de sus fascinaciones fue esa mirada que ofreció el saber europeo sobre el lenguaje en el mismo umbral de la científicidad: en esa convergencia de enigmas agolpados en la palabra, en esa intranquilidad con que se aguardaban los augurios ante los perfiles inasequibles del sentido, en el momento del desplome del amparo divino de la palabra. Foucault sigue esa pendiente del lenguaje. En *Las palabras y las cosas* habla abundantemente de ese momento de reposo, en el siglo XIX, donde se despliega por primera vez la pasión reductiva del saber sobre el lenguaje, el desenlace de una impaciencia ante el abandono de la divinidad de la lengua o la derrota de su po-

* Este texto está redactado a partir del libro de Foucault, de reciente aparición en español, titulado: *El libre pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-textos, 1988. Es la publicación, en español, de un artículo sobre Blanchot, aparecido en la revista *Critique*, no. 229, dedicada a la obra de Maurice Blanchot.

** Profesor del departamento de Educación y Comunicación, UAM-X.

tencia reveladora; ese punto donde emerge acaso por primera vez lo humano del lenguaje, sólo para engendrar al mismo tiempo el reclamo de la soberanía inerte de la palabra. Grimm y Bopp, el irreversible momento en que se transita del abismo de la revelación por el lenguaje, al abismo mudo de una historia insensata de la palabra.

En sus textos, Foucault circunscribe el lenguaje desde su insustancialidad: insinúa los recursos inadmisibles con los que el lenguaje habla de sí mismo. Podría decirse que el impulso de Foucault no fue la pasión inútil por el lenguaje, sino por la indagación de sus bordes: la mutación de los objetos aparentemente fijos que designa, la movilidad de sus exclusiones, la fuerza inenunciable de los polos que orientan sus estrategias. El lenguaje se repliega en la obra de Foucault hasta el pensamiento de los límites. No el exterior de la palabra sino el trazo que la funda, no ese espacio pleno de lo no decible sino el horizonte errante que insta una presencia, un objeto, una referencia de cualquier lenguaje.

Pocas veces Foucault asume sustancialmente el tema del lenguaje: cuando lo hace es a partir de escritores que marcan un punto de extinción de las designaciones. En *Las palabras y las cosas*, ese texto surgido de una carcajada provocada por la irrecuperable enumeración de las posesiones de un emperador chino en un cuento de Borges, sus evocaciones sobre el lenguaje se gravitan sobre Cervantes, sobre Sade, sobre Mallarmé. Foucault, ese escritor singular que sospecha de los autores, sólo admite la inmersión plena en el lenguaje cuando éste es por sí mismo la materia, el residuo y la invención del juego sobre el filo inaccesible de la muerte, como en el análisis de la obra de Raymond Russell. O bien, ahí donde el lenguaje se revela como una materia circunscrita en su exterioridad por la mirada, que es, no obstante, también una invención de la palabra.

El tema del lenguaje aparece también, en la obra de Foucault, como un espacio vacío capaz de sustentar la elocuencia de lo figurado, de lo no dicho, que emerge en las imágenes pictóricas; esta insistencia en lo pictórico desemboca en una inversión paradójica: es ese vacío del lenguaje lo que emerge como una positividad plena, es lo que arrastra consigo todas las certidumbres; lo figurado, el cuerpo inobjetable es precisamente esa exterioridad del lenguaje, ese vacío que ahora lo circunda para revelar en lo dicho, la materia inaprehensible por la palabra. *Las meninas* y la obra de Magritte juegan con esa fisura constitutiva del lenguaje, ese desaliento de la denominación, ese

resplandor inútil de los nombres, su sumisión a los imperativos de una singularidad denegada. *Esto no es una pipa*, Foucault recoge [¿cita?] el nombre de un lienzo de Magritte cuyo tema es la fragilidad de la evidencia, para insinuar la sospecha irremontable en el acto de designación. Una vez presentada la figura del cuadro, una vez que admitimos ante nosotros la representación de un objeto, la exterioridad del lenguaje es solamente un rostro adverso a la significación. El lenguaje se insinúa, inside sobre los propios conductos de la mirada, los disloca, despierta las percepciones a una perturbación capaz de desvirtuar la pureza aparente de la representación.

«No hay que engañarse —escribe Foucault—: en un espacio en el que cada elemento parece obedecer al único principio de la representación plástica y de la semejanza, los signos lingüísticos, que parecían excluidos, que merodeaban a lo lejos alrededor de la imagen, y a los que lo arbitrario del título parecían haber apartado para siempre, se han aproximado subrepticamente; han introducido en la solidez de la imagen, en su meticulosa semejanza, un desorden, un orden que sólo a ellos pertenece. Han hecho huir al objeto, que revela su delgadez de película.»¹

La plenitud de la presencia aparente de las cosas extingue el afuera del lenguaje. La experiencia de esta exterioridad de la palabra surge de la vuelta del lenguaje sobre sí mismo. Ese punto extremo es un acto de abandono, la literatura. Un abandono a la clausura devastadora de un lenguaje que afirma su propia temporalidad, que desmembra sus representaciones, que precipita sobre la materia del lenguaje el presentimiento de un vínculo imposible con algo más allá de sí mismo.

No es que la literatura sólo hable del ser de la literatura. Es precisamente todo lo contrario. El lenguaje se erige en acto literario para afirmar la vacuidad de su propia identidad como lenguaje, como representación. Sería ocioso erigir la pesada carga del lenguaje sobre la fascinación especular. Lo que la literatura mira al volver al lenguaje sobre sí mismo es la esterilidad, el vacío de ese retorno sobre su propia materia, la oquedad que resguarda la aparente plenitud de su capacidad evocativa. Ese vacío que se erige en y por el lenguaje. Ese desaliento de la designación ante la presencia que irrumpe como una pura muesca sobre el campo del discurso bastan para reconocer esa devoción y ese desarraigo de Foucault en el territorio mismo de la palabra.

«La palabra no puede desplegarse sin abrir un campo, pero ese campo se oculta constantemente, o bien recubierto por la repe-



titción, o bien en el [moutonnement] de lo mismo, o bien, abolido por una abertura súbita sobre él, de otro campo.»²

La palabra invoca necesariamente el pensamiento de sus propios límites. Y sin embargo, no podríamos hablar de un desenlace dialéctico para este vértigo de la palabra: la palabra no nos devuelve en su positividad la certidumbre de lo indecible. Cuando Foucault recobra, casi al final de su trayecto arqueológico en *Las palabras y las cosas*, las tentativas de reflexión que Nietzsche y Mallarmé trazaron en torno del lenguaje, despliega el inventario de esas «cuestiones que atraviesan actualmente nuestra curiosidad». Ese inventario es un conjunto de interrogaciones sobre las palabras y sus límites, sobre ese juego equívoco de la interioridad y la exterioridad del lenguaje que desmiente las reiteradas certidumbres ante el espejismo de la plenitud íntima del lenguaje. ¿Qué es el lenguaje? —se pregunta Foucault— ¿Qué es un signo? Y la respuesta no es más que una vacilación que surge en el texto foucauliano con una violencia particular:

«Lo mudo en lo mudo, en nuestros gestos, en todo el blasón enigmático de nuestras conductas, en nuestros sueños y en nuestras enfermedades, ¿todo esto habla? ¿cuál es su lenguaje? ¿según qué gramática? ¿todo es significativo o qué lo es y para quién y de acuerdo con qué reglas? ¿Qué relación hay entre el lenguaje y el ser? Y el lenguaje ¿se dirige siempre al ser? ¿Qué es pues este lenguaje que no

¹ Michel Foucault, *Esto no es una pipa. Ensayo sobre Magritte*, Barcelona, Anagrama, 1973, p. 61.

² Françoise Collin, *Maurice Blanchot et la question de l'écriture*, Paris, Gallimard, 1986, p. 194.

dice nada, que no calla jamás y que se llama literatura?»³

El pensamiento del afuera, forma parte de esos escritos de Foucault destinados plenamente a la literatura y, en particular a la obra de Blanchot. Foucault, despliega nuevamente esa tensión de su pensamiento ante el lenguaje, esa reticencia ante su aparente plenitud.

Sería posible tal vez trazar el itinerario que va de Roussel a Mallarmé, de Velázquez a Borges, de Cervantes a Blanchot, pero los trayectos de esas convergencias serían una condescendencia ante las pretensiones de nominación del lenguaje.

El lenguaje —es un rasgo recurrente en la lingüística, en la antropología, en el psicoanálisis— parece eludir invariablemente el tema del afuera. La extinción del lenguaje: el mutismo, la ascesis mística, la iluminación desprendida del destierro en la entrega a lo inefable, el vértice de la culminación del terror en el abandono mismo de las representaciones, finalmente el silencio mortal de la metáfora, no exhiben un más allá del lenguaje, lo hacen admisible, emergen como bordes más allá de los cuales, la palabra es un fulgor residual. Blanchot tiene en la literatura francesa contemporánea un lugar privilegiado: ha desmentido la imagen de la plenitud del lenguaje, ha interrogado ese punto de la propia extinción de la designación en la captura del lenguaje por la muerte en el acto literario.

La exterioridad del lenguaje, para Blanchot, eso que parecería en una primera instancia confundirse con lo indecible, con lo inaprehensible, es no obstante *el contenido de una experiencia*: la atracción.

«La atracción, tal como lo entiende Blanchot, no se apoya en ninguna seducción, no interrumpe ninguna soledad, no funda ninguna comunicación positiva. Ser atraído no consiste en ser incitado por el atractivo del exterior, es más bien experimentar, en el vacío y la indignancia, la presencia del afuera, y, ligado a esta presencia, el hecho de que uno está irremediadamente fuera del afuera.»⁴

El lenguaje revela su exterioridad no en lo escrito, sino en la *escritura*.

«Escribir como ociosidad de la escritura [...] es el juego insensato, el albur, lo aleatorio, lo imprevisible entre razón y falta de razón.»⁵

Sobre este texto de Blanchot gravita insistentemente la frase de Mallarmé: «Aquel juego insen-

³ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI, 1968, p. 299.

⁴ Michael Foucault, *El pensamiento del afuera*, Valencia, Pre-textos, 1988, p. 34.

⁵ Maurice Blanchot, *El diálogo inconcluso*, Caracas, Monte Avila, 1970, p. 649.

sato de escribir», y se encuentra en cada uno de sus sentidos precisamente esa afirmación de la exterioridad de la escritura; la escritura no es solamente esa serie de huellas labradas como testimonio irreductible de *alguna* presencia, de algún cuerpo. Este *alguna*, es un puro índice de una fisura por la que cuerpo y lenguaje se disipan al arraigarse en el trazo definitivo de lo escrito, es una señal del cuerpo al mismo tiempo singular e indiferente que engendra la escritura *singular* porque el acto mismo de la escritura, la implantación de esa huella, el engendramiento de una cosa que se añade a lo admisible no adviene en un cuerpo cualquiera, pero *indiferente*, porque esa huella es sólo una irrupción de la ausencia. La escritura sería el puro desenlace transitorio de la imposibilidad de las identidades, de su espesor frágil e imaginario, de su materia en permanente disgregación. Admitir la escritura como «aquel juego insensato», no es sólo un gesto límite. Hacer de la escritura un acto inútil, ajeno, es un acto que revela ese enrarecimiento del sentido inherente al juego, al puro advenimiento azaroso, a esa contingencia del propio testimonio y la memoria.

Para Blanchot, la escritura es una exterioridad de calidades contrastantes: es al mismo tiempo un vacío colmado por la presencia de esa exterioridad. Exige un juego equívoco, especular, en el que la exterioridad se confunde con el límite del lenguaje que se anuncia en lo escrito. Pero los límites de lo escrito sólo pueden revelar la eficacia de una ley que, por el acto mismo de inscribir los límites del sentido de la letra es exterior a ella. La ley es el síntoma de una precipitación irreparable de los actos en una presencia que es ajena e inaccesible. Por eso la escritura es el sustento privilegiado de la ley. No la expresa, es el signo más evidente de su implantación en los cuerpos. Lo escrito es una catástrofe de la escritura que hace legible a la Ley.

Esta Ley exterior al acto de escritura, esta Ley cuya letra al mismo tiempo se presiente y se disipa en lo escrito, es un centro de gravedad en la reflexión foucauliana. La Ley colocada en ese afuera de la escritura, circunda también a ese sujeto de la letra, elude sus condiciones, sus tiempos, sus voluntades:

«Si estuviera presente en el fondo de uno mismo, la ley no sería ya la ley, sino la suave interioridad de la conciencia [...] Mucho más que el principio o la prescripción interna de las conductas, ella es el afuera que las envuelve, y por ahí las hace escapar a toda interioridad; es la noche que las limita y el vacío que las cierra, devolviendo, a espaldas de todos, su singularidad a la gris monotonía de lo universal, y abriendo a su alrededor un espacio de malestar, de insatisfacción, de celo multiplicado.»⁶

⁶ *Ibid.*, p. 45.

Para Foucault, en la reflexión de Blanchot sobre la exterioridad de la ley se puede leer asimismo la naturaleza del acto de transgresión: la transgresión no sería la anulación de una ley, su aplazamiento, su irrisión o su límite. No anunciaría un más allá de ley, imposible de asignar a ese trazo que es el propio rostro de lo exterior. La transgresión es un momento de la mirada: el instante en el que un acto ciego la hace visible. La transgresión no se yergue sobre un trazo rasgado de los límites; es un precario reconocimiento, fulgurante, de una irrupción de esos límites. Y el privilegio de esa contemplación se convierte a su vez en un signo, en su estigma que señala el cuerpo, que hace de esa visibilidad el lugar de otra exclusión. La visión de la ley es la huella visible del castigo:

«¿Cómo ver su invisibilidad [la de la ley], sino oculta en el reverso del castigo, que no es después de todo más que la ley infringida, furiosa, fuera de sí.»⁷

Ese castigo revela también otras potencias de la mirada, la visibilidad se muestra como una estrategia mutable, como una traslación de la Ley (de su escritura inadmisibile, imperceptible, bosquejada sólo en el vacío que experimenta el lenguaje al volverse sobre sí mismo), sobre el cuerpo visible del transgresor.

La «insensatez» de la escritura no encuentra su evidencia sólo en el trazo de la letra sobre el papel. Se exhibe, al tiempo que se oculta, detrás de la simple declaración de quien asume la palabra. El «yo hablo», para Foucault, es un escándalo porque exhibe simultáneamente la vacuidad y la necesidad de este vínculo entre la palabra y la verdad. La paradoja de Epiménides: el «yo miento», que tuvo que esperar a las argucias de Russell para hacer olvidar por un instante el desgarramiento de la significación, es una formulación inadmisibile para un hábito que ha hecho una alianza entre lenguaje y verdad. La revulsión que alienta el «yo hablo» es más desconcertante aún, porque introduce la incertidumbre de esa alianza en un enunciado que elude la paradoja y se presenta como una afirmación absolutamente verdadera.

La aparición del «yo hablo» no puede ser más que la irrupción de un silencio, un eclipse del lenguaje, la inscripción en el acto de palabra que se cierra sobre sí mismo. La plenitud absoluta del lenguaje ahí donde se acoplan el acto y su descripción sin que se advierta algún residuo, es también la extinción de la palabra que emerge más allá de esta plenitud. Este lugar, esta palabra — el «yo hablo» — en donde se precipita toda la identidad del lenguaje, hace cesar la transitividad de los signos. «Yo hablo» sólo dice su propio acto vacío. Es una mera señal que se multiplica en el espejo. Es un índice de su propio gesto que se

muestra a sí mismo. Es un signo que habla únicamente sobre la evidencia de sí mismo. Hace visible el círculo de la verdad en torno del lenguaje: pero sólo para revelar que este círculo se traza sobre el acto insustancial, sobre una oquedad. «El desierto es su elemento», señala Foucault. Todo lenguaje que habita ese vacío no puede sustentarse sobre la designación, es la fundación del intercambio verbal sobre los residuos ya informes de lo decible. Esa calidad de un puro residuo le da una nueva libertad erigida sobre la desolación:

«Si, en efecto, el lenguaje sólo tiene lugar en soberanía solitaria del 'hablo', nada tiene derecho a limitarlo, —ni aquel al que se dirige, ni la verdad de lo que dice, ni los valores o sistemas representativos que utiliza; en una palabra, ya no es discurso ni comunicación de un sentido, sino exposición del lenguaje en su ser bruto, pura exterioridad desplegada; y el sujeto que habla no es tanto el responsable del discurso (aquel que lo detenta, que afirma y juzga mediante él, representándose a veces bajo la forma gramatical dispuesta a estos efectos), como la existencia en cuyo vacío se prolonga sin descanso el derramamiento indefinido del lenguaje.»⁸

La literatura es, para Foucault, ese orden de los signos que se erige en los bordes del «yo hablo»:

«no es el lenguaje que se identifica consigo mismo hasta el punto de su incandescente manifestación, es lenguaje alejándose lo más posible de sí mismo.»⁹

Para Foucault, la obra misma de Blanchot, sus «relatos», sus «novelas», sus ensayos sobre la literatura hablan ya de esta suspensión de las certidumbres arraigadas sobre el lenguaje. La escritura de Blanchot se desplaza insistentemente hasta ese borde que hace visible la exterioridad del lenguaje, habla de la existencia de un espacio «neuro» de la escritura, —un espacio en el que no es posible reconocer las leyes que rigen la interioridad del lenguaje, su reposo designativo—, dice, narra la bifurcación que constituye una «escritura blanca» —destinada a desplegar en el silencio de lo indecible, de lo no marcado, en ese sustento mudo de la letra, la violencia de la palabra vuelta sobre sí misma—. Esta es la materia de su escritura que reaparece obsesivamente una y otra vez bajo distintos rostros —haciendo impracticable también la ley del género literario.

«El lenguaje se descubre [en la obra de Blanchot] libre entonces de los viejos mitos en los que se ha formado nuestra con-

⁷ Michael Foucault, *El pensamiento...* op. cit., p. 43.

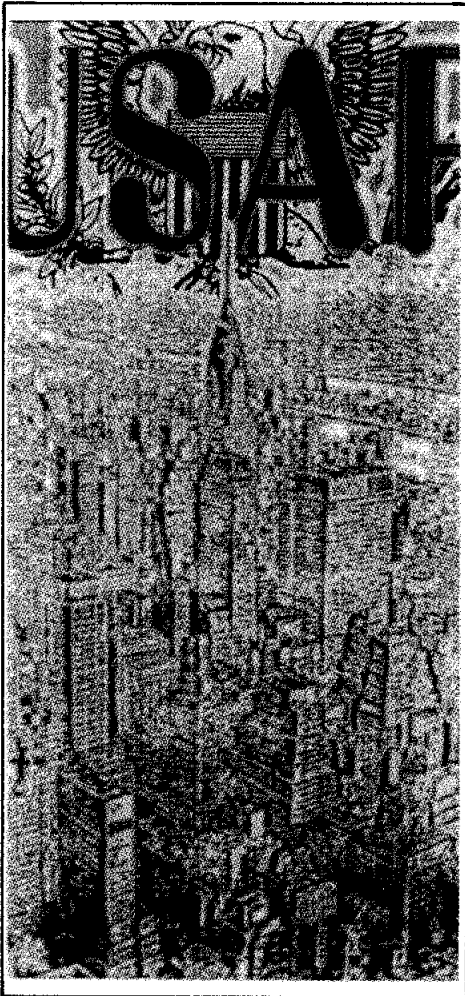
⁸ *Ibid.*, p. 11.

⁹ *Ibid.*, p. 12.

ciencia de las palabras, del discurso, de la literatura. Durante mucho tiempo se creyó que el lenguaje era dueño del tiempo, que servía tanto como vínculo futuro en la palabra dada que como memoria y relato; se creyó también que su soberanía tenía el poder de hacer aparecer el cuerpo visible y eterno de la verdad; se creyó que su esencia se encontraba en la forma de las palabras o en el soplo que las hacía vibrar. Pero no es más que un rumor informe y fluido, su destreza está en su disimulo; por eso es una sola y la misma cosa con la erosión del tiempo; es olvido sin profundidad y vacío transparente de la espera.»¹⁰

México, D.F.
enero de 1988.

¹⁰ *Ibid.*, p. 77.



OCTAVIO PAZ: PRIMERAS LETRAS*

Fernando Vizcaíno Guerra

En 1942 José Luis Martínez escribía en *Letras de México*: "Octavio Paz, ya lo sabemos, es el primer poeta y la más cierta realidad de nuestra juventud".¹ De esto hace 46 años. Octavio aún no cumplía los 28 pero ya le pertenecía un rico historial: estudios de Derecho; creación, por encargo oficial, de una escuela para hijos de trabajadores en Yucatán; asistencia al II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, por invitación de Pablo Neruda; fundación de tres revistas en las que colaboraron escritores como Xavier Villaurrutia, Alfonso Reyes, Salvador Novo y Rafael Alberti; diversos artículos de opinión en los periódicos *El Nacional* y *El Popular*; seis libros de poesía publicados y una compilación de poetas españoles. Al siguiente año, 1943, obtenía sus primeras distinciones: cien pesos y un libro de la editorial Séneca, como premio de un concurso literario cuyo jurado formaban Alfonso Reyes, Julio Torri y José Bergamín. Poco después conquistaba la beca Guggenheim.

Mas esa destacada juventud no ha impedido al Octavio Paz maduro mofarse de sus años mozos. En 1977 dijo a *Proceso*: "Es natural sentir ternura por el muchacho que fuimos. Pero un poco de ironía y dos o tres coscorriones no le harían daño a ese fantasma juvenil".² Coscorriones porque esa mocedad fue la de un ardiente socialista hoy censurado. Tal controversia nos cautiva. Un excelso escritor vive el teatro de la lucha entre generaciones.

*Primeras letras** hace meditar acerca del antagonismo de la obra de Octavio Paz, desarrollada a lo largo de casi 60 años. Prologado en 1988, el libro contiene 74 artículos de su juventud (1931-1943) publicados en periódicos y revistas. La selección siguió un criterio acorde con lo que

* Octavio Paz. *Primeras letras 1931-1943*. Compilación, introducción y notas de Enrico Mario Santi. México, Vuelta, 1988, 425 pp.

¹ José Luis Martínez. "Octavio Paz: Entre la piedra y la Flor". *Letras de México*, No. 5, 15 de mayo de 1942, 56.

² *Proceso* No. 57, 5 de diciembre de 1977, pág. 9.